

Amistad

Salir de prisión nunca estuvo bien visto. Menos aún con tanta suficiencia. En el fondo el olvido era un gran simulacro, nadie podía, aunque quisiera, olvidar.

-Solo encontré una verdad en la vida, hijo, y eras tú -le dijo a quién lo recibió.

-Hay cosas que sentimos en la piel, otras que vemos con los ojos, y otras que no tienen nombre -respondió Martín, su hijo, tras once años sin apenas verse.

Quien sufría antes de que fuera necesario, sufría más de lo necesario. Todo llegaba a su debido momento. Cuando las cosas tenían dueño no había tormenta que las detuviera o miedo que las alejase. Eliseo no pudo ni estar con su hijo cinco minutos. Martín se marchó. A eso fue a las puertas de la prisión. A asegurarse que su padre no le molestaría más. Ni a él ni a su hermana ni a su madre. Una madre que no fue. Otra que prefirió ser mujer antes que esposa. Alguien que aparentaba ser cuatro veces viuda.

El dinero le llevó al pueblo. A Suellacabras. Situado a veinticuatro kilómetros de Soria capital y a treinta de Ágreda, a los pies de la Sierra del Almuerzo. El pueblo más feo en el lugar más bonito. Donde el silencio y la paz eran constantes, tanto como que llevaban años sin que allí naciera un niño. Eliseo se echó arena en los ojos nada más verse rodeado de campos, montes de pinar, robles, encinas, acebos y algún nacimiento de agua. De hecho, en una fuente de agua amarga se enjuagó la boca primero, y la cara después. Tenía por delante la noche más larga, pues la muerte le confirió al tiempo todo su valor. De

cuando salió habitaban el mismo cincuenta habitantes, y quedaban veintiséis: dieciséis hombres y once mujeres, porque una no contaba.

Dos ermitas, una casa parroquial, el afluyente de un río mayor, una sierra donde almorzar apoyada en un madero del santo patrón teniendo la iglesia románica de fondo, y el asesinato había quedado en eso. Catorce años de prisión ininterrumpida.

Desde el punto de vista jerárquico de la Iglesia católica, ese triste pueblo del pecado formaba parte de la Diócesis de Osma, la cual, a su vez pertenecía a la Archidiócesis de Burgos.

Eliseo nunca dijo que sus excusas no fueran más que las mentiras que le vendían sus miedos. Donde había poca justicia era un peligro tener razón. Estaba hecho de carne, si bien, había de vivir como si fuera de hierro. Todo cuanto hacía por amor estaba más allá del bien y del mal. Ninguna fuerza domaba, ningún tiempo consumía, ningún mérito igualaba el nombre de la libertad. Olvidar con generosidad a aquellos que no podía amar no le bastaba. Entró joven a prisión para la media de edad de los hombres, y salió bien adulto.

No obstante, en aquel pueblo sí que encontró su fortuna. Mariano Cantalejo, de cincuenta y siete años, y Fermín, de cincuenta y cuatro le abrazaron al tenerlo cerca. Y sin medias tintas. No como quien vendió el poco oro que lograron hacer cuando convivieron. A su modo, esos amigos tuvieron conciencia de clase y se sentaron bajo la misma mesa. Era domingo, si bien, en tal lugar cualquier día valía para ponerse al corriente. Los hechos, sin embargo, desmentían la otrora verdad. Las cosas ya no eran como antes; su prisión provocó un auténtico terremoto. Los medios llegaron a tildar a toda esa vecindad de “degenerados”, de “tontos” y de “retrógrados” durante los primeros años.

Pasados unos cuantos, dejaron de prestarles tanta atención, no obstante, hasta la música del tipo reguetón debió entrar con sumo cuidado en el pueblo, en boca de las radios y las televisiones, por pocas que hubiera. Daba miedo, y daban miedo. Esos tres amigos, que una vez fueron juntos y bien avenidos al cine (allá en Soria), manejaban el mismo plano y alguno más, como el tiempo, la vejez y la belleza. Reconocerse entre tantas acusaciones, mentiras y la obligada redención no hacía más que historiar la soledad. No todo se solucionaba con terapia, vino y tiempo. Irene jamás volvería (Irene y las diminutas pastas con ralladura de limón y su clara de huevo que sabía hacer). Su hija descubrió bien joven la mezquindad del mundo. Una muchachita para cuyo futuro jamás desearon su padre y madre que fuera a ser la de esquilar ovejas y cuidar cabras, o ayudar a hacer el queso artesano. Una niña con un olfato prodigioso, en parte por su progenitor, gustosa de los colores, quien desde bien cría se los supo todos, hasta el bermellón y ese tal *wisteria* (aproximadamente un malva, tipo el color de las flores de las glicinias).

Fermín se había ocupado de hacer un arroz con cosas. Y no precisamente gato por liebre, ni conejo, lagarto u otros animales. Le cortó el cuello a su mejor pollo. Y las habichuelas y demás viandas las adquirió en la tienda. Kilómetros más abajo, en otro pueblo. Había cambiado, o había perdido mano con el huerto. Otro que casi que de sopetón se había percatado de cómo lo infantil había invadido la cultura de masas, y eso que tenía derecho a voto e iba a votar.

Mariano no comulgaba con eso. En su puta vida fue a votar día o año alguno, y no lo haría mientras viviese. Lo perjuró sobre la tumba de sus padres el día que los sepultó, y lo repetía cada vez que comía con alguien. Pero tenía tacto, no era tan borrico como Fermín. Notaba que cada día había una puesta

diferente en el anochecer, tal que su pueblo, Suellacabras, fuera Beirut (Líbano) o lo pareciera. Y de eso charlaron mayormente. De cosas que la inteligencia artificial apenas podría relatar, y además comiendo y bebiendo, dado que el mundo estaba lleno de muerte y horror, intentando consolarse y no perecer del todo en medio de ese infierno. Por hablar, hasta hablaron de las películas que les construyeron. De jóvenes, lo más que llegaron a salir fue a la capital soriana. A un cine y a dejar a alguien en la estación de El Cañuelo cuando el andar atravesaba los mármoles, los periódicos de otros y las voces tumultuosas, contrahechos e incómodos, pero intentando encajar y ver o tener otras vidas. En tiempos, la luna llegó a ser poco más que Soria y el fútbol de los carruseles de la radio supurando y tapizando instantes suspendidos.

Juntos las historias mandaban. Podían quebrar la dignidad de un pueblo, pero también podían restaurarla. Y se atrevieron sin apabullamientos, no habiendo bar o taberna, ni más memoria e inviernos largos que ellos; tampoco doncella. Quizás por ello fueron los tres esclavos del feísmo, rompiendo el impacto de toda esa sencillez el ruido de unos moteros. Sí, personas subidas a una moto, que hacían una ruta y la misma tenía que atravesar el pueblo. Justo ese, cual estación de paso.

-Cosas del desarrollo -mencionó excusándolos Fermín, sin que le salieran puñales de su boca.

El vino no era el único arte y desliz que se podían beber y permitir. Agua, más bien poca. Casi que para afeitarse (los días que tocaba) y para hacer café.

-Traigo noche en los zapatos -llegó a decir Eliseo.

No era fácil reconstruir una vida deshecha. Aislarse de todo y atreverse a sondear nuevos caminos. Al menos, eso es lo que le aconsejó siempre el psicólogo de la prisión.

-Solo el dolor hace madurar -esgrimió torpemente Cantalejo en el ecuador de la comilona haciendo un punto y aparte- fijate, que ahora tenemos leche semidesnatada -le quiso mostrar una botella, señalando con el dedo a una alacena.

-Ningún alimento por sí solo tiene la capacidad de engordar -le sorprendió Eliseo, hablando de cómo se vivía en España. En esa España, no la anterior, con el mismo silencio solemne de los antiguos cipreses.

Sonó como alboroto. A ruido.

-Más que un pañuelo, el mundo es un tebeo -se justificó sin apelar a los sentimientos.

Pero no fue el único que hubo de excusarse.

-Es una lámpara para los mosquitos. Los mantiene a raya. Y sin enchufes.

El segoviano Cantalejo no pudo contener las carcajadas, Eliseo pocas, pero algunas.

-Cuando te juegas la vida, es cuando más aprendes de ti mismo - pronunció irónico -Vi algo parecido en las cocinas, pero más armatoste.

A todo esto, entró por la puerta Atanasio Herrera. Que ejercía como alcalde además de ganadero. Y de los fuertes. Del efecto bumerán de las políticas de igualdad en los adolescentes no trataron adrede, pero algo salió. Los varones se sintieron criminalizados, víctimas sin presunción de inocencia.

-Ahora meten a los padres en el calabozo por una denuncia de mierda - opinó Fermín, apresurado y alzándose.

Caló el mensaje el intruso y se detuvo.

-Solo venía a saludar; no pretendo comer ni incordiar a nadie.

De inmediato Cantalejo agarró un plato y se lo puso, y eso que no estaba en su casa.

-Es el precio a pagar por los errores de tinta en esta casa -adujo Fermín, mirándole y enseñándole el mismo tatuaje que llevaba Eliseo en su brazo.

-Si pudiera volver atrás no me haría ninguno -se puso en pie Eliseo, remangándose para enseñar su tatuaje, y acto seguido sentarse.

El alcalde también llevaba sudor y orina. Y otro tatuaje de cuando cumplió los dieciocho. Todos los hombres en ese pueblo lo tenían. De cuando los quintos, para enrolarse en el servicio militar y servir a la patria. Un rito, que sumados los años apenas había evolucionado, y eso que se había democratizado y hecho *unisex*.

-Extraña forma de vida -arguyó Fermín, al tiempo que le ponía tenedor, que no cuchillo, y cuchara.

El durísimo perfil psicológico de Eliseo lo había leído Atanasio Herrera. Se lo enviaron desde prisión. *“Maquiavélico, mentiroso patológico, frialdad pasmosa”*. Todo un análisis de la personalidad que daba pavor. *“No siente culpa, mira para otro lado; poco creíble. Tiene los ojos secos”*.

-Mi abuela no quiere ir al cine por dos euros, que en paz descanse, quiere que yo tenga trabajo decente -comentó Fermín, dicharachero y vengativo- que algún mes ingrese mil trescientos euros, mil quinientos, y no nos lo quitéis para vuestras cosas de políticos.

-No he venido a hablar de política. Sé a quién votáis -respondió Atanasio sin ni llegar a sentarse, esperando a que Eliseo le dijese algo-. Hay una verdad

por encima de todas, este pueblo es de sus habitantes. Quería darte la bienvenida, Eliseo. Si me necesitas, me llamas. Estoy para lo que tengo que estar. Los hombres deben conocer sus limitaciones y saber estar.

Ni le miró quien cumplió condena. Es más, lo obvió del todo:

-Qué gran invento este de las cucharas de madera, uno no se quema.

Cogió la indirecta el alcalde, que se marchó no sin antes despedirse:

-Lo dicho, cuídense señores.

-El tiempo pasa y duele a su paso. Lo tapa todo -secundó Fermín, que aprovechó para sentarse de una vez, apostillando-. Cuando quiero tranquilizarme me refugio en el futuro: dentro de diez años me voy a reír de todo esto.

-A saber -saltó Cantalejo.

Y esa suerte del medio silencio pactado terminó por derivar en un brindis unívoco, albergando esperanzas, en aquella construcción desahuciada y casi que polvorienta, invadida por la mala vegetación y las humedades, construcción que parecía condenada a perecer bajo alguna piqueta sin escrúpulos o el paso de ciertos años si no se le daba un buen repaso. Ahora bien, como hombres que eran, les resultaba bonito vivir las cosas sin exponerlas, pero tampoco escondiéndolas del todo.

-¿Cómo te encuentras Eliseo?

-La felicidad no es un sentimiento ni una emoción -contestó al segoviano- en nada timorato, valiente y directo.

-Los años de vida en la cárcel no tienen precio. ¿Qué valen dos años en la vida de una persona? Imagínate que te estás muriendo y el médico te dice: 'Te doy dos años más de vida, pero a cambio me lo tienes que dar todo'. ¿Y qué

le das? Le das todo. Pagarías todo lo que tienes. No tiene precio. Es terrible que te hayan robado todos esos años de vida; que no son dos ni tres.

El que más se parecía a su padre dirimió, sin olvidarse aún del alcalde:

-En política, las comedias no funcionan. Sea otoño o primavera me lo pagará -y entonces sí dejó la cuchara en la mesa, para sentenciar-. Todos nos vamos con lo más importante de nuestra vida sin haberlo compartido con nadie.

-Mejor se hubiera dedicado al oficio de ferroviario -se sinceró también Fermín- somos un país muy mezquino con nuestra cultura. Está muy sobrevalorada la ambición.

Para ser gentes de pueblo, sabían expresarse. Y escribir (con algunas peculiaridades gramaticales arraigadas). En un ademán, Eliseo Lafuente se echó mano al bolsillo y sacó una nota con su letra, que leyó en alto:

-Merendar alguna tarde en el bar. Cuando nos llaman por teléfono los hijos, que no son muchas veces. Arreglar algo, y que me salga bien. Despertarme por la mañana y ver a mi mujer junto a mí. Tocar la guitarra y cantar lo poco que sé, por las tardes. Conducir mi coche. Bajar algún día de verano a la playa.

La casa resonó a hueca. Fueron explicaciones y otras muchas cosas, que necesitaron de más vino que rellenó Mariano, sabiéndole decir lo que como amigo le tuvo que decir, harto de verse documentales sobre *Los ríos de Croacia*, *La Patagonia*, *Los extintos Dinosaurios*, *Grandes humedales*, *Veinte mil especies de abejas* y hasta de *Tarántulas de robusta mandíbula*, para quien tal vez la lluvia le era una frase interminable:

-Ni coche, ni mujer, ni playa, ni bar... ni guitarra y otras hostias. Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el cielo: un tiempo para

nacer y un tiempo para morir; un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado; un tiempo para matar y un tiempo para curar; un tiempo para destruir y un tiempo para edificar... El tiempo pasa y duele a su paso. Lo tapa todo.

-Entre un gobierno que lo hace mal y un pueblo que lo consiente todo, hay una cierta complicidad vergonzosa – se rebeló el presidiario.

Fermín no estuvo de acuerdo con su viejo amigo Eliseo, e intentó corregirle:

-El secreto del cambio es centrar toda tu energía, no en luchar contra lo viejo, sino en lograr lo nuevo.

-Fermín -le reprochó Eliseo Lafuente- voy para cincuenta y nueve años. ¿Qué cosas nuevas me esperan? Nada. No tengo afán ni de ser abuelo. No puedo alterar mi voluntad.

-Existen momentos inolvidables Eliseo -salió al quite Cantalejo.

-Y cosas inexplicables -le contestó fanfarrón-, es necesario que una mujer sea muy hábil para manejar a un imbécil. Cuando la mujer encuentra a un hombre sabe lo que quiere de él. Sabe lo que quiere dar y recibir.

-Si vas por ahí durarás poco -aseveró Fermín, echándola más comida en el plato, y dejándose de rodeos-. La persona frente a tu espejo es la persona que siempre va a estar ahí. Olvídate de aquello. Pasó.

-Añorar el pasado es correr tras el viento -reforzó Mariano Cantalejo lo dicho por Fermín.

Solo dos cosas mantenían unido al grupo: el miedo o la lealtad. Eliseo, maestro de la insinuación y de los silencios, optó por hacerles relativo caso, dándoles su punto de vista, tal que hubiera tenido tiempo para recapacitar en prisión:

-A veces, cuando observamos las cosas al cabo de un tiempo o desde una perspectiva un poco diferente, algo que creíamos esplendoroso y absoluto, algo por lo que renunciaríamos a todo por conseguirlo y tenerlo, se nos vuelve desvaído y uno ya no se acelera ni quiere. Y me pregunto ¿qué vieron mis ojos?, porque uno se queda abandonado, pobre y desarmado.

Responder a ese comentario, viniendo de quien venía, era peligroso. Impreciso, y algo descolorido, el segoviano añadió:

-Pasemos el rato, discutamos de todo, riámonos, reír sí reír, echemos pestes y también lloremos si hay que llorar. Pero solo, ninguno está solo. ¿Verdad Fermín?

-Verdad -subió su vaso.

La gran comilona era eso. Comer y beber, no entrar mucho en detalles. Solo estar, y que se estuviera. Y que no surgiera mueca alguna de rabia. Ayudó, y mucho, el pan. Chuscos que abrían por la mitad y les metían dos chorizos algo picantes además de gruesos, que devoraban con el hambre de dos años lo menos. Voracidad que conculcaba con la fachada y ese interior roto, por donde un humo espeso rompía lentamente hacia la chimenea, abrigando los ladrillos que permanecían igual que entonces, de cuando salió joven Eliseo Lafuente. Así como los baldosines rotos, que no los mentó ni al dejar el petate.

-Si yo no os gusto a vosotros, vosotros tampoco me gustáis a mí -soltó tras dejar su vaso de vino el presidiario y más mayor. En ese mismo caldo de cultivo no se desengañó, descreído y melancólico, continuando-. La sociedad moderna está vacía. Llamaban a mi celda con fuerza, como para despertar a un muerto... Todos los días leía algo. No iba a ser un espantapájaros todo el día en la lavandería, quitando la mierda de los hoteles. Y todo es una mierda.

Democracias débiles, capitalismo e inteligencia artificial son una combinación peligrosa. Y la moda esa de ir en sujetador o bragas por la vida, otra chaladura más. ¡Utilizan la ropa interior como prenda principal!

Fermín, que no leía un periódico desde hacía diez años, y que tampoco es que pusiera interés con el telediario de la noche salvo para con las inclemencias del tiempo, solo pensó en cómo Eliseo pudo haber asestado sesenta puñaladas aquel día de autos. Monstruoso crimen, fruto o no de un episodio transitorio de ira.

-Es una imagen artística, no una persona real -esbozó el segoviano, como si supiera de lo que hablaba-. *Marketing*, de ese que nos venden. Vender para hacer negocio. Y luego nos traen aquí la caca y el pis de los demás.

Eso sí que fue gasolina para la hoguera.

-¡Su puta madre el alcalde! -lo ultrajó Fermín, quien normalmente repartía su tiempo entre el cuidado del huerto propio y la labor, más el ganado. En absoluto en ayudar a ampliar el cementerio, tapar las humedades de la iglesia, o rehabilitar el horno colectivo.

La soledad de ser alcalde en un pueblo minúsculo tenía esas cosas, aunque se hubiera dado el paso para que el pueblo no desapareciera. Un regidor, Atanasio Herrera, que siempre supo que Eliseo utilizó dos cuchillos, unas tijeras y un cinturón en tal crimen. “Para que la chica no sobreviviera” alegó el detenido, por entonces, sin excitación manifiesta ni nerviosismo. Lafuente tuvo una rebaja de diez años en la pena porque le apreciaron finalmente trastorno mental transitorio, negar la planificación del crimen y confesarlo. El cinturón lo hallaron alrededor del cuello de ella, asfixiada igualmente. Una madrugada, en torno a las tres, así como una piedra con la que le golpeó. En el informe de los

forenses estaba todo, incluso que no consumió drogas el catalogado de controlador, machista y posesivo; quien no mostró ninguna reacción emocional al dolor causado a la familia o a la suya propia. Una persona insegura, con complejo de inferioridad y frustraciones varias, según el doctor en psiquiatría que avaló su defensa: “No fue un crimen premeditado. Hubiera sido menos torpe y más eficaz”. A su juicio, no controló su voluntad cuando le asestó las sesenta puñaladas, doce de ellas mortales por necesidad, según la autopsia. “No hay voluntad de ensañamiento, sino de acabar con ella, la amaba profundamente. Hay control de la voluntad hasta que llega la explosión”. Dictamen muy discutido por los forenses del juzgado, quienes rechazaron esa tesis y recordaron que ninguno de los siete especialistas firmó que padeciera un trastorno mental, es más, que pudo haber parado el crimen en cualquier momento, pero que “no tuvo la voluntad de hacerlo”.

Falta de empatía y respuesta afectiva por lo del pis y la caca no hubo. Se quedaron bien anchos diciéndole de todo a Atanasio. Lo que no sabían Fermín ni Cantalejo, es que Eliseo empezaría trabajando de nuevas con él, llevándole parte del ganado como pastor.

Voluntad

Con ecos de antiguos celtibéricos y visigodos pastoreó el primer día Eliseo, como si todo, como si nada, como si nadie. El aire agreste y montaraz no pudo con él. Recordaba todo de esos antiguos poblamientos y rutas. Las ruinas de una antigua casa de esquileo le dieron la paz que precisaba, y no el rebaño caprino. La lengua, la espalda, el ombligo, las caderas y todo sabían de sus largos silencios, de su idioma. Los animales no le extrañaron, supo llevarlos, tratarlos, y con mayor rapidez y mejor manejo que esos que provenían de lugares con un treinta y tres por ciento de desempleo o más, llegados por mar en su mayoría, desarraigados, larguiruchos algunos y necesitados todos.

A ratos tarareó una melodía castellana para subrayar su confianza. Quiso realmente darse de baja del mundo, pero no halló con el formulario ni tuvo fuerzas para ello. Y no se quería acordar de nada inolvidable por inhóspito que pudiera resultar el pueblo, donde lo bello era bello, y la verdad era verdad. Si bien, el estribillo de las cabras era el que era, máxime en esos días en los que los pájaros se refugiaban en el ramaje sediento habiendo otras mil formas de biodiversidad, viviendo por donde había nacido, como esa luz anaranjada y su rumor soleando y desgarrando los días. Todo un espacio que constituía y que habitaba. Más allá, apenas tendría la rutina del cenar en una mesa y el desapego, oliendo a tabaco negro ese que aprendió a leer algo de francés con *Los Miserables* acurrucándose en las sierras y su geografía, más la emoción confundida de los animales diluyendo el ahondar, otras presencias, los relámpagos y las ventiscas con sus músicas orilladas.

Su pueblo, de lejos y cerca, angustiaba, y eso que parecía una piña de casas desvencijadas en la pulcritud de un mejor tiempo pasado, estampa en la que algunos fijaron sus raíces y donde siempre les estarían esperando los antepasados. Casas y momentos extraviados de los otoños. Pequeño antro de oficios y trabajos testarudos, donde las monedas solo valían si se iba a la capital. Tierra de trashumancias que a despecho fueron asfaltando unos y otros, aunque a sabiendas, las pezuñas de los animales pisaban con impiedad y se abrían paso nuevamente saturándose de afán y conformismo a cada día que sobrevivían al traslado al matadero esas carnes y leches. Era y fue lo común, la premura de siempre: cuidar de lo que se vivía, propios de la inexactitud, pero dueños de la certeza; su certeza y lo improbable. Si decían que iba a ser mal año, es que lo sería. En el campo no había antifaz, sino tontos que no querían creer, o las que desfilaban emperifolladas y confundidas, también ellos, que la vida y el regocijo de las grandes ciudades a cada cuanto pasaba por esos lares y se hacían fotografías y dejaban sílabas algunas caminando con lentitud acompasada en horarios establecidos. En eso sí que había cambiado tal universo. Atanasio le advirtió a Eliseo: “Los pastores de hoy somos los de ayer, nosotros sí; pero hay más gente, aunque seamos menos. Dejémoslos en paz”.

Si su padre o abuelo, ya fuera el de Lafuente o el del alcalde Herrera, tomaran de nuevo vida, cogerían la vara y se liarían a palos con todos esos curiosos que destrozaban más que alimentaban. ¿Desde cuándo se le daban golosinas a una cabra?, ¿o se detenía un rebaño para que pasaran unos en bicicleta? De tanta cotidianeidad y ese cielo de contradicciones, las cosas simples, ordinarias, sempiternas, se le mezclaban a Eliseo. Un pastor en nada ambicioso ni innovador, simplemente un buen pastor (de cabras, mayormente)

con su voz a ellas debida, más el transistor como alma ausente. De lo poco que identificó suyo en la casa. Casa con un recuerdo mudo porque alguien murió para siempre. Por no querer reconocer, no lo hizo ni con la higuera, nueva. De siete años. Todo lo demás: cicatrices de la memoria. Inevitable, también, la extraña manera de colocar las cacerolas. O el cadencioso poyete junto al fuego donde rellenar los huecos de la voz y el puchero. Le urgía repensar las manos a Eliseo, que no solo desparasitar los recovecos de la piel de esas cabras. Animalitos sin huecos en las palabras, colmándolo de borrascas, que también supo de cuando ayudó a su padre, o hermano. Otro manojo de cicatrices, rompecabezas e incertidumbres.

Demasiadas esquinas tenían esas cuatro casas, de cuatro paredes. Fotos pocas, notó que las hubieron quemado. Posiblemente su hijo, asustado por la idea de volver a convertirse en adolescente días antes de su salida de la cárcel. Periódico alguno, pero no de su casa, sino de su amigo Fermín, que se lo hizo llegar antes de salir al pasto. Uno de días antes, atrasado. Donde se leían cosas como que un trabajador se había herido en la cabeza con la tapa de un pozo, que se había investigado a alguien por conducir a 184 km en un tramo de vía limitado a 90 km, o que se había sorprendido a uno cuando transportaba más de 100 gramos de cocaína. Noticias destacadas de ámbito comarcal, y a lo sumo provincial y/o regional. Y no solo noticias, promesas también, como que iban a promulgar una ley que impidiera la diferencia salarial entre hombres y mujeres. Así como declaraciones de gente famosa, políticos u otros, resaltándose una: *“Si pudiera retroceder en el tiempo, lo haría para ver a mis padres por última vez y poder despedirme de ellos”*. Pura sangre entre pagarés, reconciliaciones, políticas de unos y otros, mucho espacio para los deportes y certificaciones de

buen gobierno a las entidades financieras. Sin dejar a un lado los aires, renovados o no, de los consistorios, que había elecciones. Días e historias del futuro. Cambios que darían forma al futuro que vivirían los nietos de alguien.

Eliseo, acorde a los consejos de un terapeuta con los que trató en prisión, debía recopilar ideas con las que poder mirar al futuro con esperanza y que las ganas de vivir no desaparecieran. Otra cuestión sería la geopolítica mundial, las macrotendencias económicas, tecnológicas y socioculturales. Él apenas saldría de Suellacabras, su pueblo. No podía; ni le dejarían, de preguntarlo. La memoria compartida, la pérdida de identidad real, y la convivencia con su pueblo le superarían. Y no le creyeron suficientemente capaz de explorar los problemas de su tiempo. Cuando el jurado popular dirimió la libertad preventiva, pasados tantos años de condena (a petición del juez), por unanimidad se pronunció en tal sentido.

-Traigo noche en los zapatos -declaró al juez cuando le expuso la revisión de su condena.

-El canon no varía con el tiempo y sus incertidumbres. Usted está bajo condena. Y lo seguirá estando los años que le queden. ¿Lo entiende verdad? - le preguntó el magistrado.

-Sí, soy un hombre sin argumentos. Todo pasa y todo queda, señor.

Otros a los que consultaron desconfiaron, pero se sentían atraídos por ese caso más allá de que la mujer fuese o no la equivocada. “El manipulador y el manipulado”, sostuvieron algunos desde siempre. Y con la batalla electoral más ajustada que nunca entre derechas varias e izquierdas desunidas. Por un puñado de votos la gente parecía ser demócrata, aria, de cultura inquieta, tener gracia cuando no la había o lo que se les pidiera si con ello mejorarían su vida.

En silencio, y por la inercia de haber cumplido tantísimos años preso, lo liberaron en parte; y nada de principales titulares. Únicamente al pueblo, con las cabras. Lejos de donde el sol salía a las 6:56 y se ponía a las 21:29 horas según los *smartphone* o teléfonos inteligentes, donde lo raro era vivir.

No votó. Al menos no apareció su nombre tachado tal día por parte de Don Francisco, el cura y párroco al que le tocó la labor de presidir y apoderar la mesa en tal pueblo. Hubo de hacerlo para que nadie se le pusiera canalla al alcalde o al candidato de la oposición, que también era dueño de la herida. El aire de los tiempos ayudó. Y no se pudo desdeñar la labor de los sargentos de la Guardia Civil, sabedores de muchos secretos y mentiras. Para colmo, morirse el día de las elecciones fue el último acto de bondad de Ramona. La capilla ardiente la instalaron en el mismo salón de actos donde se llevaban a cabo las votaciones municipales y autonómicas. Ramona quedó retratada en todas las fotos de archivo, así pues. Largos años de suspiros había vivido la mujer, con y sin puntos suspensivos, como la alcaldía de su propio hijo. Una forma de elegancia al alcance de muy pocos. Perteneció a esa generación de personas que no nació para disfrutar de algo sino para tener familia. Para otros, no fue más que una mujer entrada en carnes que hubo de callar mucho. El caso es que murió viva, porque su voto contó. De tal modo lo atestiguó su párroco en la mesa constituida al efecto, tanto o más en la capilla ardiente.

Como ciudadano no se le permitió al señor cura officiar misa ni sepelio alguno tal día, aunque a ratos practicó dos secretos de confesión haciendo uso de las mismas cortinillas que con las urnas, ya que estaban y eran pocos. Eliseo no fue ninguno de ellos. Ni apareció, y eso que hubo una participación masiva, a tenor del censo. Los sondeos acertaron. Repetiría Atanasio Herrera, padre.

Ello encrespó a más de uno que no se explicaba la situación. Muy especialmente al candidato, que culpó al representante de la iglesia tanto o más que a quienes se significaron con él. Por cuentas que hiciera no le salían. En las localidades hermanas no hubo tal follón. Administración, política y demografía iban de la mano, no allí, en Suellacabras, donde hasta las tres de la madrugada no se retiraron las fuerzas y cuerpos de seguridad, habiéndose llevado las urnas y las papeletas (escoltadas y recontadas por tres veces). Una vez más, fueron el hazmerreír de la comarca. Y ya iban tres legislaturas saliendo en las noticas, esta vez, además, con un muerto. Muerta. Eliseo Lafuente no tuvo culpa alguna, y eso se subrayó. Orden que dio la Subdelegación del Gobierno en la provincia soriana y que secundó la Comandancia de la Guardia Civil para mayor inri. Días antes la policía hubo de desalojar un mitin por un altercado de un grupo feminista que visitó la zona. Los rostros desfigurados, las manos agrietadas, y la lucha contra el viento azuzó los ánimos al verlas ataviadas con ropas de colores y medio en cueros a plena luz del día. Fueron entre doscientas y trescientas, haciendo de las suyas.

Hasta la iglesia emitió un comunicado quejándose. Hecho que tuvo su miga e historia. *“Desde que San Agustín había reconocido que los prostíbulos eran «un mal menor» en la lucha eterna contra la corrupción de las costumbres y los desórdenes sexuales, los reyes cristianos habían decidido mirar a otra parte por toda Europa”*. Atacar las mancebías fue algo necesario en muchas de esas villas, concejos o lugares. El cura Don Francisco se encerró con algunas y las agotó a homilías. Bajo vigilancia del alguacil y con atención médica, eso sí. Aun así, el juez decano de la provincia hubo de pronunciarse tratando de disuadir a las dos partes, máxime si no se era vecino ni natural, so pena de cien azotes.

“Las infelices que se hacen prostitutas son llevadas a las cárceles, cuando se les antoja a los alguaciles” anotó en uno de sus papeles timbrados. Todo, para expiar su culpa y apartarlas del mal.

“Santa locura” titularon algunos periódicos. Nada nuevo, porque el juez, bien entrado en años se gustaba con esa u otras temáticas de lo más parecidas. Era Soria, una España aparte provinciana de más y de menos que cuando reventase al igual que un viejo neumático ni se le oiría reventar. De hecho, el eco pintado en los tabloides sorianos duró bien poco, y jamás llegó a saltar a otros ámbitos. “Gente joven que lucha contra los tabúes” rubricaron prontamente a modo de disculpa los regidores del partido por el que Atanasio se presentaba. De la misma manera, tildaron de “maricones y neonazis” a los del otro candidato. Intolerancias, al fin y al cabo; o intereses varios. En cualquier caso, las políticas nacionales tenían bombas de humo para todos esos arrebatos. “Participa y gana” fue el lema del ganadero Atanasio, que así le gustaba que le identificasen, primero como ganadero, y luego por su nombre. “El mundo de mañana depende de la educación de hoy” fue el emblema de la oposición. Demasiadas palabras según los analistas y sus carreras universitarias de colegio mayor.

En esos pueblos no se aconsejaba hacer preguntas muy humanas sobre la inteligencia artificial o te corrían a hostias. Y eso le ocurrió al que se calificó de “ciudadano medio” en su campaña por la alcaldía de Suellacabras. Algunos a la vuelta de la esquina, otros en la misma iglesia, como Don Francisco (el del tinto de verano a mediodía), dejándolo sin palabras. No obstante, se saludaron cordialmente en el mismo acto de ejercer su derecho al voto, por más que pensasen el uno del otro que no eran más que un puñado de palabras en una sábana, máxime al tener de cuerpo presente a Ramona, otra que de haber

llegado viva al cierre de la jornada electoral pudiera haber firmado y dado fe del acta. Un acta más que sacramental. Dado que no tuvieron cojones en la capital a recontar los votos de Suellacabras, luego hicieron caso a lo que había firmado por triplicado el cura, y lo saludable de celebrarlo con una tónica con ginebra. Entre que eran familia los candidatos y que podía estar de por medio el tal Eliseo Lafuente y alguno que otro de la zona, mejor dejarlo estar.

-Demasiado feos, demasiado hambrientos, demasiado solos -comentó un interventor. Un tipo de esos que parecían mantenerse eternamente a dieta a base de sopa de verduras hecha con pastillas, pero que era gordo como las mentiras de los políticos profesionales y sus palabrerías.

Acertadamente o no, el comentario llevaba implícito un baño de realidad, tal vez con mucha mala baba. Y de todo se aprendía. Hasta el perdedor. De ahí que el candidato de la oposición, tras el mismo cierre, ya empezó a dar por culo haciéndose notar:

-Tengo dieciocho años y soy ganadero.

Sus ojos azules y el rostro acuñado por la ilusión hicieron el resto. El medio benjamín de esos veintitantos vecinos de Suellacabras empezó a hacer oposición sin ni haber dejado que venciera su mismísimo padre el día de la derrota, y con un guantazo bien marcado en un carrillo.

-Para mi padre es más fácil comprender esta decisión porque es su trabajo, y mi madre también me apoya, pero a ella le gustaría que me inclinase por algo más seguro- se sinceró-. Pero, bueno, como me ve con ganas y sabe que sigo estudiando -añadió el mediano de los tres hijos-. La pena la abuela Ramona, que se nos ha ido -expresó a la luz de una farola.

Su hermano mayor, de veintiún años, también trabajó en la explotación familiar, muy a su pesar.

Atanasio Herrera tenía motivos para estar dolido. Ni su propio hijo le hacía caso. Es más, le llegó a pedir la revancha con la abuela metida en la caja, sin ni saber comportarse en el duelo de la muerte de un ser querido ni en su misma derrota. Don Francisco le dejó dormir algún rato de esa noche en la sacristía con la condición de que no se dejara ver, porque eran muchos años viviendo entre ganado y cualquier cosa podría sucederse en ese pueblo de pocos abrazos, máxime con la abuela postrada de por vida.

De votar, lo que fue votar, terminaron a eso del mediodía, pero luego tuvieron responso y credos varios. Opiniones, reflejos. Cartas. Oficialmente, ninguno. Pero Ramona siempre fue buena o lo pareció, aunque al día siguiente, como todos, al cementerio que había que seguir haciendo cosas. Unos a cuidar del ganado, otros a estudiar, los menos a limpiar el altar mayor y reponer el vino del cáliz. Atractivos que tenía ese pueblo lleno de gente trabajadora, que tenía sus cosas buenas y sus cosas malas, como casi cualquier otro lugar donde la voz se perdía por entre los senderos y los barrancos.

-¡Aquí no se estudia diseño! Se vive -se escuchó una o dos veces tras las exequias. Lo pudo oír Eliseo, y eso que estaba pastoreando por entre los páramos de Castilruiz y Matalebreras con el aire en contra, pero aquel padre no dudó en lo suyo.

El presidiario ni le votó, ni le dio el pésame ni acudió a entierro alguno. Él y un periódico, más el rebaño, caminaron su adiós. Sin pelos en la lengua otros lo criticaron.

-¡Me da igual lo que sea! Como si es una rata -casi que escupió uno.

-Amar no es nada. Ser amado es algo. Pero amar y ser amado es todo -
relativizó otro del pueblo, mediando.

La paz de las colmenas halló Atanasio padre. Impecablemente, su mujer lo dejó hacer todo el tiempo que necesitó, obviando la lupa de conversaciones que pudieron haberse dado. A pesar de ser un pueblo pequeño, había vínculos domésticos más favorables que otros, amén de la libertad vigilada. Fue ella quien tuvo a sueldo al hijo de Eliseo hasta que se fue. Ella llevaba los papeles. Él se dedicaba al campo y a la pobreza estructural de ese pequeño municipio. El poder de la sonrisa lo ponía la hijita. Siendo lo de la moda cosa del mayor, otro que tenía su sensibilidad, tan respetable y compatible como cuando Eliseo se quedaba mudo viendo disiparse la candorosa luz tras guardar el rebaño. Extrañas formas de vida que superaban las luces de todos los domingos en esa España menguante, donde no se utilizaban eufemismos, ni se edulcoraba la realidad, siendo directos con respecto a lo que pensaban y a lo que sentían, habiendo más muertos que nichos si se les hiciera caso a los credos.

Institucionalidad poca en esa tierra, quien más quien menos ya tenía algún muerto bajo el polvo de los días y los trabajos, enterrado. Y a veces, continuar, simplemente continuar, era el logro sobrehumano y la realidad suficiente.

Las colmenas formaban parte de la invención de la soledad, así como que el hábito de andar. Andar fue una de las rutinas clásicas de Eliseo en la penitenciaría de Soto del Real (Madrid), concretamente en el módulo 10. La tobillera telemática que le moderaba y exigía desde que la abandonó le percutía en el lado derecho de su cuerpo. Su nivel de conciencia, simple y llanamente lo marcaba su cabeza, que no su pierna y esa complicidad de las tecnologías y las vigilancias, no obstante, Juan Carlos Chinchilla se ofreció a restarle esa

contractura del alma. Una realidad que debía afrontar con optimismo y rectitud, porque Eliseo Lafuente no estaba por la labor y, sin embargo, Chinchilla estaba empecinado, hasta el punto de que lo asumía como algo propio, desde el azul del mundo y su immaculada enseña de sargento. Solo se la dejaría puesta para cuando escucharan el himno nacional, o en las revisiones para con la penitenciaría. Lo tenía decidido el que se ponía el tricornio en actos oficiales.

Extraños compañeros de vida había en esos campos y en la utilidad de lo inútil. Ambos parecían un mural empapelado de cientos de notas muy pequeñas y cientos de ojos negros enmarcando lo bueno y lo malo, tratando sobre el mañana de una guerra, discursando en esos páramos por donde vivir no era suficiente, necesitando sol, aire, viento, lluvia y algo de flores silvestres más la comida del campo para el ganado. Cosa que admitían cuando paliaban la sed en un charco o abrevadero los animales, liberando las emociones. Pareciera que no hubieran pasado tantísimos años desde su última vez. Enfrente, de fachada, algún rayo de sol alegrándoles la costumbre y deteniendo el tiempo para ellos dos, no faltándoles nada. Ya fuera sentados, o bien de pie, uno apoyado en el cayado. Un bastón grueso, de madera y con el extremo superior curvo, parejo con el transistor. El otro, habiéndose bajado de la segunda marcha del todoterreno, asomándole la boquilla para fumar ofreciendo tan singular regalo. Aires y pareceres para quienes no gustaban de ir en demasía al cine ni que se lo vendieran, y sí el recuerdo hermoso de haberse tratado desde que tenían vida. Hombres sencillos, atemporales, y con autoridad en el decir. Almas gráficas y poéticas de ese terruño, no sabiendo prácticamente nada sobre el síndrome premenstrual y sí de esos sus primeros días del tiempo que les quedaba. Raimundo, el padre de Juan Carlos, también vivió allí. Y el padre de Eliseo. La

amistad sembró una luz que solo la muerte extinguiría. La deseada lluvia cuando caía a pulso como una paz del cielo también les llamaba, en tal sufrida tierra. Juan Carlos (el sargento Chinchilla) y el cabreo Eliseo Lafuente tenían sus lugares, sus momentos, y sus bromas. Encuentros y paisajes, en definitiva. Eliseo pronto le dijo a su modo que se le iban a salir los huesos de sus pómulos.

-Cachorro, no me comes. Tienes que elegir el momento para despedirte, y tienes que elegirlo bien. Te estás hundiendo en ti mismo Chinchilla. Come.

Habiendo en la boca de sus padres un irremediable silencio sellado, los dos apenas se miraban, pero estaban igualmente, tanto o más que aquellos que mecía el ruido de esa naturaleza contemplando a prudencial distancia los atardeceres, apoyado el de Eliseo con la misma exactitud que un día aprendió y enseñó.

-La voz del silencio debe ser hermosa -respondió el guardiacivil. De uniforme, como de costumbre.

-Tu madre te enderezaría el cuerpo y apretaría los labios. Chico. O la cárcel.

-¿Casi veinte años y sigo siendo un chico, Lafuente? Ya soy sargento.

-¿Y para qué quieres ser más si el cura manda en la tierra y Dios en el cielo?

-Emociona pensar que te interesas por mí, gruñón de mala muerte -le imaginó el rostro sin premura-. Nunca debiste salir de aquí, te hubiéramos apañado.

Todo ello después de la gran ciudad, porque la cárcel les fue eso. Primero en Broto, hacia Huesca, y después en la madrileña Soto del Real. Apenas estuvo reunido a solas con su esposa en tantos años de prisión, ni con su hijo o algún

otro. Desde aquel crimen, lo más parecido al amor dentro y fuera de las rejas le era eso: lo de los encuentros. No practicó régimen de visitas alguno su familia pasados los primeros días de encarcelamiento, aún timoratos y a sus órdenes. Su año carcelario por naturaleza duró, cada uno de ellos, más de los 360 días establecidos. Su vida en la cárcel estuvo llena de años y meses aislado. Siempre con la misma rutina. Esto último lo llevó bien el soriano reo. Jamás visitó en módulo alguno la celda con cama, sábanas limpias, mesa, sillas y baño para los vis a vis íntimos con su mujer, teniendo acreditado que vivía con ella en el dossier del Ministerio del Interior. La idea de castigo implicó restricción, imposición, penalización y erradicación. Como actividad sociocultural no acudió a taller de escritura alguno, ni a las proyecciones de películas, a las representaciones de teatro ni a las clases de música o bien la práctica de la artesanía. Ayudó algo en cocina, se hartó de la lavandería, y mucho hizo en el economato pasados los primeros años junto a un preso de confianza que le hacía sombra y del que apenas se despidió con un sentido abrazo. Las cuentas del café las llevó él. Tardó lo suyo, porque su pasado en el módulo de aislamiento para internos peligrosos no es que le abriera las puertas precisamente. Lo que sí pisó mucho fueron las canchas donde practicar balonmano, baloncesto o fútbol sala, andándolas. Esas se las anduvo todas las veces que pudo y le dejaron, teniendo un camino entre los ojos y el corazón que no le pasaba por el intelecto. Desde entonces, los bolsillos del delantal de su esposa, el corpiño de sus enaguas, y su cocina se le fueron como las migas de pan que veía comerse a los pájaros por dentro de las concertinas. Eso también lo practicó mucho.

Chinchilla sabía que había ojos que miraban, ojos que soñaban, ojos que llamaban, ojos que esperaban, ojos que reían, y ojos que lloraban (unos hacia

adentro y otros hacia afuera). Fue el encargado de hacerle ver que estaba solo, mucho antes de llegar de nuevo al pueblo. Atanasio, el alcalde, no quiso recoger esa labor dejándosela al militar de turno que le dispusieron, y éste, a su sobrino Juan Carlos Chinchilla. La educación y la claridad venía a ser una herramienta fundamental en esas lides. El mismo no lo trató jamás como un cubo vacío que hubiera de llenar.

-Eliseo, no hay amores buenos ni malos sino amantes buenos. Algunas personas están dotadas para el amor y otras personas no lo están ni lo estarán nunca.

-No vayas por ahí -lo paró el pastor-. Yo soy pequeño, pero mi madre lo era más y tenía que ponerse de puntillas para besarme al poco que crecí. Nos hemos pasado la vida estirándonos y agachándonos para buscar la medida exacta donde poder querernos. Es la única mujer que tengo y tuve: mi madre. No hay más.

-Perfecto. Todo aclarado. Todos fallamos en alcanzar nuestros sueños.

Ya no le respondió Eliseo. Calló. Calló todos los nombres. Al igual que Chinchilla, su primo; quien le esposó cuando se entregó.